

Burgos Cantor: el Caribe, patio del cielo y la tierra¹

Alonso Aristizábal
Escritor colombiano.

Imaginar será siempre más grande que vivir.

Gaston Bachelard

Todo tendrá que ser reconstruido, invencionado de nuevo, y los viejos mitos al reaparecer otra vez, nos ofrecerán sus conjuros y sus enigmas con un rostro desconocido.

José Lezama Lima

Estas páginas corresponden a la lectura de la obra anterior a *La ceiba de la memoria* (2007) y *Una siempre es la misma* (2009) de Roberto Burgos Cantor. Con ello quiero decir que esta última plantea otro tono y otra mirada en su literatura, y sobre todo ya no es el escritor presente en el medio del cual habla, como ocurre en su literatura anterior. Aquí el autor se ha ido a vivir al aire de sus obras anteriores desde donde mira y escribe. Además, ésta aparece después de una etapa de gran predominio de lo personal en la creación narrativa del autor. Por lo mismo, se ubica en muchos puntos imaginarios en medio de los viajes del narrador por varios países. En ellos recuerda su universo y le habla al mundo, mientras que en los libros anteriores se hablaba a sí mismo o a sus amigos y coterráneos. No obstante, allí se encuentra el Caribe como una de las obsesiones fundamentales de su literatura, lo mismo que el sentido de la memoria como síntesis de la vivencia a través de la cual su lenguaje recrea este medio. También, el protagonista es san Pedro Claver, ícono de la cultura caribeña, y que ya se había asomado en varias de sus obras anteriores. Roberto Burgos Cantor nació en Cartagena de Indias en 1948. Sin duda este aspecto posee mucho significado para quien se aproxime a la obra de este aedo del Caribe. Es uno de los escritores más importantes de las actuales generaciones de la literatura colombiana, un heredero de la palabra que nos han legado maestros como García Márquez, Álvaro Mutis y Rojas Herazo. Incluso, su importancia se advierte en que sus primeros libros siguen vigentes más

1 Anotaciones sobre la primera etapa de su obra, síntesis de un texto sobre el autor, presentada en el homenaje de la Universidad Central.



de veinte años después. Otro aspecto de interés en su obra es que la herencia de estos maestros va más allá de lo formal, y se propone ahondar en temas que lleva hasta dar su propia visión y concepción. Un elemento más, la gran presencia del mar como realidad y contexto caribe. Esto hace pensar en una reflexión de Jorge Luis Borges cuando en una confesión a Osvaldo Ferrari afirmó que el mar estaba ausente en la literatura de lengua española (Borges-Ferrari Diálogos, Seix Barral, 1992). Es la literatura latinoamericana del *boom* la que se ha encargado de darle presencia al mar en las letras de nuestro idioma. Por ejemplo, se hace inolvidable la presencia del mar torrencial en *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier. Después ha cobrado vida Maqroll el gaviero de Álvaro Mutis, como personaje del mar en la literatura latinoamericana. Sin duda, con Burgos Cantor, este elemento obtiene un gran desarrollo. Ello es explicable por su propósito de contar el universo Caribe como la gran vastedad del espacio marino. En una de sus confesiones literarias, que hizo para la Revista Avianca en 1996, asegura que *Moby Dick*, de Herman Melville, es uno de los libros que le permitieron descubrir este mundo del mar. Tal logro es muy significativo ya que **el mar se convierte en su obra en uno de los factores que determinan la vivencia caribe. Es un mar amoroso que enmarca con sus paisajes la vida de los personajes, lo mismo que las pasiones y soledades que subyacen en su interior como parte del alma de los protagonistas.** Eso define la mirada que ellos dan de su medio. De esta manera se manifiesta la unión entre la geografía de este mar y sus seres. Ellos son de allí, el mar constituye su horizonte como su destino. En su existencia, el mar es como la vida que todo lo determina.

Con elementos como los anteriores, se demuestra que la obra de Burgos Cantor responde al propósito de creación a partir de la tradición más inmediata, la creada por el *Boom* literario latinoamericano en su concepción y en su lenguaje. Siempre me ha sorprendido por haber asumido con firmeza el hecho de ser uno de los continuadores de la expresión creada por autores como García Márquez, Rojas Herazo, Lezama Lima y Alejo Carpentier, y tener la decisión de ir más allá de ellos. Esto mientras en Colombia, los escritores de su generación y la siguiente, propenden por una literatura más allá de la relación con sus antecesores. Él es consciente del pasado inmediato a partir de cual construye su obra. Por esto mismo, es imposible leerlo sin recordar ese libro raizal que se llama *La expresión americana*, de Lezama Lima, que fue en muchos aspectos una de las obras que resumen el modo americanista de muchos escritores del *Boom* con una nueva estética como la forma de lograr nuestra propia identidad en el concierto universal. Al hablar de la relación con el mencionado creador cubano, es necesario decir que de él hereda Burgos Cantor su universo de paisajes interiores con los que busca hallar su identidad caribe.

Esta tesis coincide con la de William Ospina, en un texto luminoso sobre “Lo que Silva vino a cambiar”. Se refiere al hallazgo de un lenguaje con el cual *aprendimos a hablar*. Al respecto afirma que,

[...] la lengua que dejaron en préstamo los enemigos, una lengua formada por las sucesivas multitudes de la península para nombrar su propio mundo y que mal se prestaba para nombrar la turbulenta realidad de los trópicos y de los mares del sur.

Numerosas especies de pájaros, de mariposas, de ranas, de tortugas, de árboles, de matices de clima, de costumbres nativas, de alimentos de fuerzas naturales, de tipos raciales, de mixturas raciales, de veranos aborrecidos, de inviernos de lluvia tibia, de humedades devoradoras, de fertilidad destructiva, de silencio de puna y de páramo, de magias vegetales, de accidentes geográficos, de objetos inspirados en la naturaleza, de antiguas sabidurías de hombres asociados de otra manera con la tierra, de divinidades nativas, de perspectivas estelares, de figuras del firmamento, de culturas sepultadas, de piezas de alfarería y orfebrería, de feroces o atónitas criaturas de piedra, de ritmos, de instrumentos, de medicinas, de espectros de la tierra, de conjunciones particulares del azar, estaban aún sin nombre, y muchas siguen estándolo (*Un álgebra embrujada*, Norma, Santafé de Bogotá, p.55).

En un autor como Rojas Herazo, que se puede citar como uno de los antecedentes literarios más directos de Burgos, se encuentra un texto sobre Cartagena como el siguiente:

Es una ciudad detenida. Con algo de *casbah* o de encalado zoco marroquí. Y, detalle verdaderamente curioso, no tiene, en su íntimo latido, aire de puerto. Es una ciudad con sicología mediterránea. El mar hay que buscarlo como un objeto. La ciudad se nutre de silencio, se piensa a sí misma —en sus baluartes, en sus aljibes y en sus torres— como un rezo. Es una ciudad de aire lúcido, de húmedos rincones, de salitre adherido a la piedra, como una costra de verdín y de oro. Como si Cartagena hubiese viajado. Como si hubiese ido al mar para luego regresar, con una memoria de alcatraces y espumas, a un lugar de rocas y de árboles (Rojas Herazo Héctor, *Señales y garabatos del habitante*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, julio de 1976, p. 23)

Considero que expresiones como estas, Burgos las desarrolla para hallar su propio universo en una Cartagena marina y moderna y que se contraponen a la Cartagena detenida en el pasado, de Luis Carlos López y de Germán Espinosa. Estos elementos pueden corroborarse en *Pavana del ángel* (1995), cuyo tema central es Cartagena. Además, cuando se leen novelas como la citada o como *El vuelo de la paloma* (1992), el lector se halla ante un estilo tan intenso que llega a ser dramático, como puede observarse en una obra de la envergadura de *Celia se pudre*, de Rojas Herazo. Igualmente, el término patio como contexto literario es utilizado primero por Rojas Herazo, que a su vez lo toma de la expresión popular de la Costa Atlántica colombiana de donde Burgos también es oriundo, como queda dicho antes.

La literatura como lectura de un continente en su espacio y su imagen como su gran historia, a través de un logos poético, constituye una de las características fundamentales de la narrativa de Burgos Cantor. Con ella crea su Arcadia como paisaje ideal de *la inocencia y la felicidad*, así lo define el Larousse. Para él, el Caribe representa su mundo expresivo como suma de lo universal. Se trata de un medio americano definido a través de elementos como la metáfora, la *constelación suprahistórica* y esa serie de *héroes cosmogónicos* (Lezama Lima José, Fondo de Cultura



Económica, edición de Irleamar Chiampi, México, D.F. 1993, 18) que constituyen la geografía humana de su narrativa. Está allí la poesía como verdad que revela la memoria del paisaje y sus imágenes con el propósito de crear nuevamente aquel contexto que es otra parte de la historia, su visión como producto de nuestro devenir. Ello equivale a fundar el mundo a través de la palabra depositaria que lo nombra. Por ejemplo, novelas como *El vuelo de la paloma* son inventario del medio a manera de acopio marítimo, geográfico y humano de la cultura. Es la literatura que se siente enraizada en su región como deber ético y estético. Esto se hace a través de la compilación del tiempo que se va anotando momento a momento para dar testimonio de la transformación del contorno a través de las horas. Sus descripciones son celajes y miradas de un instante. Así sus obras que conciben la novela a manera de inventario condensan lo que han creído muchos de diferentes generaciones sobre nuestra identidad, y sobre todo lo que hemos pensado, sentido y dicho que es el Caribe. Son paisajes y rabiones marinos, personajes, expresiones y palabras que forman parte del desarrollo de nuestra vida en un contexto reciente. De esta manera, Burgos Cantor resume la tradición y propicia otra tradición con esta otra imagen que nos define ante el mundo.

Veamos lo que anota con un tono claramente joyciano, en una de sus obras que concentran de verdad su estética, *El patio de los vientos perdidos* (1984):

Transparencias interrumpidas por los visajes del plata al bronce. Fucos, mangles, medusas, peces secos sobre la arena seca y gris. La piedra sueña, nunca canta y los ojos destripados se derraman en lo irreal de una memoria sin guardianes. La villa se eleva, flota en el reposo de la luz cruda, apenas queda su reflejo: movimiento de pez ciego que choca contra dos aguas y desaparece hasta la séptima luna. Todo desaparece. Animales diminutos devoran la claridad. Se pierde la visión en un resplandor cálido que deja a la deriva. Incendia los pájaros marinos. Son signos de la llegada. Una colina emerge del mar. A su pie la ciudad sombría por el color de las paredes ennegrecidas (*El patio de los vientos perdidos*, Editorial Planeta, Bogotá, 1984, p.7)

El patio de los vientos perdidos ratifica esta búsqueda del escritor que además hace uso de la palabra para hallarse a sí mismo en lo que puede llamarse *la zona sagrada* de la memoria, que es el mar, el paisaje caribeño, el sol y el cielo abierto. Es la novela en la cual ya aparece plenamente el Caribe como paisaje e imaginación. En esta obra existe una ambigüedad entre el protagonista y el narrador. El libro parece un diario del poeta que cuenta sus propias aventuras imaginarias y recuerdos. En este aspecto radica lo personal de este libro. Le sigue *De gozos y desvelos*, cuentos (1987), y que es como una continuación de la obra anterior. Incluso aquellas mujeres en las que se centran los relatos parecen dobles de Germania de la Concepción Cochero. Se trata de un libro en el cual se presentan varios personajes femeninos como centro del relato y que constituyen el pretexto para develar el telón del universo del Caribe. Son historias de mar y amor en las cuales todo se funde en esa realidad marítima, *El vuelo de la paloma*, novela, continúa este desarrollo literario y

crea personajes con los cuales tiene lugar la acción que le permite ahondar en otros elementos del Caribe, y en particular en Cartagena, sus paisajes, sus lugares, su historia y su lenguaje. En esta vuelve al barrio urbano de *Lo Amador* (1981) para descubrir en sus lugares la vida y las intimidades de sus personajes.

Por eso, más allá del compañerismo y la solidaridad en países como el nuestro donde escribir es un trabajo de resistencia, carreras de los atletas imbatibles, hay en la obra de Roberto Burgos Cantor una escritura del afecto, para llenar los vacíos que todos tenemos hoy. En esta obra el patio es el símbolo del aprecio y todo lo entrañable, el lugar que según los árabes une el cielo y la tierra. Es lugar de plenitud, juego y oración, el punto de contacto con los otros y donde se hacen las celebraciones de la amistad. Por eso entre sus temas, uno de los más importantes es el de esa pasión de convivir y compartir con los allegados y compañeros de lucha por los logros en el camino de la vida. Sus palabras son susurros al corazón del lector que las escucha como el verdadero amigo en la soledad. Ellas con su *sotto voce*, crean el espacio de la proximidad de los saludos, los abrazos y los besos, al igual que la amistad siempre nueva de las palabras. Por ello es una literatura que habla más de emociones que de realidades o hechos. A esto se debe que quien entre en los terrenos de su encanto, no lo olvida. Además, el autor ejerce la pasión de escribir con la convicción de que la verdadera literatura está en la realidad que cada quien lleva consigo. Por eso afirma que “el arte dialoga con la vida” (*Señas particulares*, Norma, Bogotá, 2001, p. 32). Para el caso, el lector que habla consigo mismo. El escritor asume el nivel de álgter ego o de conciencia que le dice a quien lee historias de ese mundo que llega a ser común, una manera de participación. Es como si fuera una confesión o chanza de amigos que comparten ilusiones y aventuras. Por ejemplo, “Con las mujeres no te metas o macho abrázame otras vez”. Esta, otra demostración del culto a la amistad que hay en estos libros.

Ello también se advierte en la calidez de sus palabras. Su lenguaje proviene de la intensidad del relato y la poesía de la interioridad que lo distingue. Aquí se resalta una de sus principales características, el lenguaje de la intimidad. Desde hace más de veinte años, Burgos reconoce lo que han dicho recientemente los expertos futurólogos: que la lectura debe ser el espacio en el cual el ser se solaza consigo mismo en busca de la necesaria soledad. Este, otro factor admirable de su obra, el sentido de contemporaneidad que le habla al hombre de nuestro tiempo igual que si se propusiera lograr un pacto secreto con este. Con tales elementos, la vida diaria se vuelve un hecho extraordinario, el ámbito de todas las vivencias y experiencias posibles, un haz de luz con muchos resplandores. De este modo, el arte se torna, como se ha dicho, una forma maravillosa para embellecer la cotidianidad. Quizá la definición de su estética se encuentra en la dedicatoria de *Lo Amador* cuando dice: “Para Melisa estas historias del silencio” (*Lo Amador*, Bogotá, 1981, p. 9). Dicha referencia es importante porque constituye la invitación a una amiga para compartir sus palabras. Además, quiere decir que encontró su voz en la palabra escrita y que esta surge del paciente ejercicio de la reflexión. Su expresión forma parte de alguien que aprendió a ver y decir la realidad que lo circunda. En esta literatura predomina la vida como un acto de fidelidad. Se trata de no claudicar, de



La literatura como lectura de un continente en su espacio y su imagen como su gran historia, a través de un *logos* poético, constituye una de las características fundamentales de la narrativa de Burgos Cantor.

llegar a ser lo que se pensó desde la infancia. De allí la importancia de la amistad como tema de cada uno de los textos. Esta se entiende como un pacto secreto para vivir y luchar por los sueños. Estar unido a su grupo de amigos es una forma de mantener la esperanza. Ellos se acompañan en su brega por lo que desean como desarrollo de la idea romántica del porvenir de la lealtad. Así el arte y la literatura se convierten en formas de la solidaridad. Esto se refleja en estos músicos imbuidos por su canción de ilusiones. Quizá sea esta la razón para que el tema musical corresponda a uno de los soportes de esta creación. Incluso en este sentido cobra mucho significado el testimonio de *Señas particulares*. Es el mismo contexto a manera de mirada de los dolores y traiciones que han dejado huella. Por eso, es necesario reconocer al que ha sido fiel, y hablar de los rompimientos y desazones producidas por las defecciones. Es el que merece escuchar y ser escuchado.

En *Lo Amador* hay historias contadas con el alma para expresar de qué modo los afectos se buscan y luchan por su propia salvación. Por eso tales personajes terminan siendo nuestros amigos y hasta cómplices. Ellos se convierten en esa parte nuestra que nos escucha y a veces nos responde, anima o consuela. Son mujeres desventuradas u hombres sometidos a las leyes del destino implacable, narrados con la tentativa de que cumplan la función de espejos en los cuales debemos tener el valor de mirarnos. En *Señas particulares* el autor hace un recorrido existencial a manera de desgarramiento para explicar que el amor existe a pesar de todo, y que este y la amistad nos salvan. Es un libro para explicar de qué modo el autor llegó a la profundidad de las amistades literarias. Así de uno a otro libro, con más de veinte años de distancia, se encuentra la senda del escritor para el que las palabras son el camino de la ternura, las expresiones dichas o guardadas durante mucho tiempo, que al fin de cuentas resumen nuestra vida. El primero es el libro inicial como texto con el cual se forma el estilo del escritor. El segundo, el testimonio de una vida dedicada a las palabras. Al leerlo hemos sentido que enriquece su mundo creativo. Aquí se hallan las claves de muchos de sus cuentos y novelas. Desde cuando leí *Señas particulares*, incluso apoyado en varios textos de *Quiero es cantar* (1998), tuve la certeza de que en este momento la obra de Roberto Burgos iniciaba otra etapa. Se trata de una vuelta de tuerca en las historias de sus seres que alzan vuelo para vivir en las neblinas del aire. Ahora estos atan sus amarras a la realidad para contar un mundo de experiencias o vivencias radicales.

Desde la primera edición de *Lo Amador* los lectores han podido encontrar en las obras de este autor al narrador empeñado en crear su propio lenguaje a través del espacio de la memoria. Es un libro rico en elementos, el más importante, su gran prueba, que más de veinte años después sigue vigente, hecho que contribuye a la reivindicación del escritor. Hoy lo podemos leer como si hubiera sido escrito ayer, como si sus personajes acabaran de pasar frente a nosotros haciendo ademanes de despedida para irse a Venezuela. Este texto posee estructura de libro de cuentos, aunque en conjunto puede apreciarse como una novela. A esto se debe que sus habitantes se interrelacionen. Por ejemplo en una rifa entre amigos del primer relato, aspecto que toma de *Ulysses* de Joyce, se lee la lista de los protagonistas y también de otros personajes que aparecen después en la vida del autor. Entre ellos, José Viñals y Santiago Mutis a quienes les reclama deudas que con seguridad deben pagar con libros. Este juego enriquece el texto y le da el sentido de amorosa rayuela. En este volumen se puede advertir un conjunto rico en significados y formas. Incluso está la página como juego que incorpora todos los experimentos literarios de la época, desde Cabrera Infante hasta Julio Cortázar que nadie ha podido leer impunemente. Su mundo corresponde a la historia de un barrio de Cartagena en los años sesenta y setenta, cuando empezó otra etapa del gran desarraigo nacional y latinoamericano. Esto lo podemos decir con certeza ahora luego de leer *Señas particulares*, una revelación en este sentido, por lo que significa en la revelación de este cruce de caminos.

Lo Amador se desarrolla en un medio muy auténtico, es parecido al seno materno donde empiezan todas las historias, y que le descubre al autor el Caribe como universo. Desde entonces, la narrativa de Burgos ha cumplido con un proceso importante de evolución y consolidación literaria. El mencionado libro cuenta los primeros pasos del escritor que empieza su recorrido y debe dar testimonio de los lugares de su infancia y adolescencia. Esto quiere decir que su literatura cada vez se propone mostrar la actitud de alguien frente a la realidad. Se trata de la presencia de lo individual, emotivo, personal e incluso efímero, frente a la duradero, inexorable y definitivo, a modo de lucha de contrarios.

En *Lo Amador* el aspecto más notorio lo constituye la vivencia diaria del barrio con su historia a través de sus calles, andenes, zaguanes, ventanas y buses como lugares de encuentro de la amistad. El libro lo conforman siete relatos escritos en primera persona, que nos van dando una sucesión muy fluida de imágenes y visiones. Cada uno de ellos se ocupa de un personaje. Estos entrecruzan sus vidas con las historias que se cuentan y que son comunes entre ellos. Los textos poseen secuencia de principio a fin y estructuran el libro desde el punto de vista temático. **Se trata de relatos sobre los anhelos en torno a una región y la frustración por todas las ilusiones perdidas.** Hay allí un personaje, el periodista que es el mismo escritor que se ve a sí mismo con su carga de sueños. Es el que escribe las historias como parte de los muros del barrio. Así, hace el puente entre el presente y el pasado, y su función parece dialéctica ya que debe seguir los pasos de los personajes y concluir su fidelidad o doloroso rompimiento de esos sus primeros años gozosos. A través de diferentes personajes que predominan con su propio pasado vital, al final queda



la imagen del chofer del bus del barrio, que posee carácter apocalíptico. Parece el ángel exterminador que llega a dar cuenta de los sueños de la primera etapa de la vida de los demás seres que aparecen allí.

De todos los libros, *El vuelo de la paloma* es el que más ahonda en el paisaje como espacio, e incluso los escasos personajes aparecen con su historia como derivaciones de la visión de la vastedad caribe como conjunción de mar y tierra. Escuchemos una de sus maravillosas descripciones de esta novela:

Afuera recibió el hálito de la noche. Tibio y oloroso a la descomposición de los buques y canoas que se arrumban en las orillas de la bahía. Playones de arena oscura con matorrales de mangle y frondosos icacos que crecen entre las escamas sangrientas de los sábalos, los jureles y los lebranchés. Era un olor quieto y espeso. Pasó al lado de enfrente de la calle. Evitó las cajas y los tanques de petróleo, vacíos, que usan para depósito de basuras. Los perros flacos y los gatos de lomo despeluzado. Llegó a la iglesia de San Pedro. No es Pedro el apóstol sino Pedro el santo esclavo de los esclavos que traía de Guinea el portugués de Andrade al mercado de negros de Cartagena de Indias. Allí la calle se abría a una plaza. El templo es un conjunto con convento de curas de Loyola, laboriosos y conspiradores, y un patio interior con el mango más alto de América donde san Pedro se encaramó a otear el horizonte del mar y ver por encima de los tejados de las palomas y los miradores de las doncellas que suspiran el abandono y las azoteas de los contraltos, tenores y sopranos del coro de las clarisas, si un barco traía el derrotero del bajo de Salmedina que lo conducía al buen puerto de la villa amada (*El vuelo de la paloma*, Planeta, Bogotá, p. 87).

A lo largo de estas obras, se da en Burgos Cantor la fidelidad a un propósito, a un sueño: llevar el mundo vital del Caribe a la palabra literaria. Incluso esto se encuentra en los textos primeros que conducen a este universo narrativo acabado y autónomo. Sin duda, el elemento fundamental de estas obras es la expresión de la cotidianidad en la cual se manifiestan la ciudad y el barrio, lo mismo que el paisaje como visión y también leyenda. Desde el primer relato hasta el último, cada lugar, calle o pedazo de mar determina la condición vital de sus personajes. Esto explica aun la proximidad del primer libro de cuentos con la novela. En este, el propósito va más allá de la forma. Se trata de un conjunto narrativo integral como si fuera una sola pieza. Esto se presenta también en sus libros de cuentos posteriores, aunque en ellos predomine el cuento como tal. Allí, igualmente, existe prioridad sobre la imagen como visión o panorama de una realidad que es el medio Caribe. Por lo mismo, lo que podría llamarse el ser caribe, con sus vivencias y su música, se convierte en una identidad que los personajes llevan consigo y de la cual son agentes y a veces víctimas. Su vida se encuentra determinada por el plutonismo. Esto quiere decir que cada uno de ellos vive por el fuego de su contorno y con este mismo se destruyen. De allí que sean seres que viven y sufren en medio de la fiesta y la alegría. De ahí la queja constante que distingue a cada una de estas páginas, como parte del choque entre imaginación y realidad.

Esto se aprecia en lo que dice Lezama Lima: “El paisaje es una de las formas de dominio del hombre”. Y agrega: “La naturaleza tiene que ganar el espíritu; después el hombre marchará a su encuentro. La mezcla de esa revelación y su coincidencia con el hombre, es lo que marca la soberanía del paisaje”. Estos aspectos se basan principalmente en el hecho de que estas obras se estructuran en torno a la mirada como elemento descubridor y creador de ensueño, en torno a lugares y regiones como pedazos de alma. En ese paisaje se entrecruzan las vidas de sus personajes, forman parte de su visión y de su historia. Además la música con sus sonidos representa sus aires y sus tempestades.

Las obras de Roberto Burgos Cantor corresponden a la presentación de un lugar como espacio de la vida ideal y soñada. En ellas se muestra cómo nos ha marcado el haber nacido y vivido en un lugar determinado del mundo. Tal sitio fue el medio de las grandes ilusiones y de la frustración definitiva *cuando el hombre se perdió y empezaron los dolores del mundo*. Esto se relaciona con la afirmación que han hecho tantos autores acerca de la infancia y su pérdida como comienzo de todas las angustias que requieren la actitud de un hombre maduro que estos personajes se niegan a aceptar. Por ejemplo, la vida de *Lo Amador* se nos entrega por medio de canciones que evocan aquel pasado que termina con la primera juventud y cuando los sueños eran sueños. No obstante, después vino otra vida en la cual se sufre con el agobio del desencanto ante la avalancha de lo que se debe afrontar por encima de todos los riesgos. Es el momento definitivo para nuestra vida, la hora de jugársela o empezar el largo recorrido del retorno interior a modo de exilio. Y esto, aunque los personajes se jueguen la carta de la migración hacia otras regiones y países, y aun hacia la muerte como forma de la desgracia. Esto lo confirma el hecho de que un personaje como Atenor Jugada, que aparece en el primer libro, asume en los demás el carácter de símbolo de la fatalidad. En *Quiero es cantar* empieza a salirse de este espacio y de su marco personal. Sin embargo, creo que lo que ha hecho en este caso es ampliar tales dimensiones. El mundo de este libro con sus personajes corresponde a otra especie de exilio vivido en la misma intimidad de los protagonistas.

Todo en estas obras se dirige a la definición de los lugares de la memoria como culto o devoción. El origen de esto es lo personal, el recuerdo que cada uno lleva y al cual vive íntimamente ligado como sus raíces y sus ancestros. De allí nace la evocación como poesía sobre el pasado. Además, a ningún lector se le escapa que aquí el autor está contando su propio mundo. Lo personal se hace poesía como mirada, contemplación y reflexión. En los dos primeros libros, que parecen de más énfasis personal, las visiones como formas de la evocación dan lugar a un espacio común. Estos viven el espacio poético como lugar de convergencia de sus vidas o zona para la vivencia de la colectividad o grupo social que toma cada uno de sus actos como un rito. Este aspecto, que le da gran autenticidad a estos libros, se manifiesta como identidad costeña de sus personajes. Tales seres forman parte de ese ámbito con sus calles y paisajes. Ellos llevan su pasado como una fijación o lección que deben seguir. Lo contrario significa traición a la vida sencilla y originaria. Sin embargo, cuando viene la frustración, estos seres se escapan ante la necesidad de hallar otra alternativa. **hU**